

XXV.

ADVERTENCIAS HECHAS Á JACOBO.

Era, en verdad, imposible, que designio tan vasto como el que se había formado contra el Rey de Inglaterra, pudiera permanecer secreto mucho tiempo. No había medio posible de evitar que las personas inteligentes advirtiesen que Guillermo hacía grandes preparativos militares y navales, ni de impedir que se sospechase el objeto de estos preparativos. Á principios de agosto, empezó á susurrarse, de uno á otro extremo de Londres, que se acercaba algún acontecimiento de importancia. El débil y corrompido Albeville se hallaba á la sazón en Inglaterra de temporada, y estaba cierto, ó al menos así lo fingía, que el Gobierno holandés no abrigaba planes hostiles á Jacobo. Pero mientras Albeville se ausentó de su puesto, cumplió Avaux con gran habilidad los deberes de embajador francés é inglés en las Provincias Unidas, y dió á Barillon, así como á Luis XIV, minuciosa cuenta de lo que pasaba. Avaux estaba cierto de que se intentaba hacer un desembarco en Inglaterra, y logró convencer á su amo de esta verdad. Cuantos correos llegaban á Westminster, viniesen del Haya ó de Versalles, traían las más urgentes advertencias (1). Pero Jacobo era víctima de una alucinación, en la cual parece haberle sostenido arteramente Sunderland. El Príncipe de Orange, decía

(1) Avaux, julio 10 (20), 31 (agosto 10) y agosto 11 (21), 1688; Luis XIV á Barillon, agosto 2 (12) y 16 (26).

el astuto Ministro, no se atreverá nunca á meterse en una expedición allende el mar, dejando la Holanda sin defensa. Los Estados, al recordar lo que han sufrido y el peligro que corrieron durante la gran agonía de 1672, no querrán nunca exponerse al riesgo de ver nuevamente un ejército invasor, acampado en la llanura que se extiende entre Utrecht y Amsterdam. Era indudable que había muchos descontentos en Inglaterra, pero es inmenso el intervalo que separa el descontento de la rebelión. Los hombres de rango y fortuna no se expondrían fácilmente á arriesgar sus honores, sus haciendas y sus vidas. ¡Cuán gran número de whigs eminentes habían empleado lenguaje altanero, cuando Monmouth estaba en los Países Bajos! Y, sin embargo, cuando el Duque desplegó su estandarte ¿qué whig eminente se le había unido? Fácil era comprender por qué Luis XIV fingía dar crédito á tan ociosos rumores. Esperaba, sin duda, que el Rey de Inglaterra, movido por el temor, se pusiese al lado de Francia en la disputa sobre el Arzobispado de Colonia. Tales razonamientos tranquilizaron fácilmente el ánimo de Jacobo, inspirándole la más estúpida seguridad (1). La alarma é indignación de Luis XIV aumentaban de día en día, y el estilo de sus cartas era cada vez más incisivo y vehemente (2). No podía comprender, escribía, tal letargo en vísperas de una terrible crisis. ¿Acaso estaba el Rey hechizado? ¿Eran ciegos sus Ministros? ¿Era posible que nadie supiera en Whitehall lo que estaba pasando en Inglaterra y en el Continente? Tan temeraria seguridad no podía ser efecto de mera imprevisión. Debía haber algún

(1) Barillon, agosto 20 (30), 23 (set. 2), 1688; Adda, agosto 24 (set. 3); Clarke, *Vida de Jacobo II*, t. II, 177; *Memorias originales*.
(2) Luis XIV á Barillon, set. 3 (13), 8 (18) y 11 (21), 1688.

traidor. Jacobo estaba evidentemente en malas manos. Se recomendaba á Barillon todo género de precauciones y no depositar entera confianza en los Ministros ingleses; pero todas estas advertencias resultaban inútiles. A él, así como á Jacobo, había logrado Sunderland hechizarlos de tal modo, que no había exhortación capaz de hacerles volver en sí.

XXVI.

ESFUERZOS DE LUIS XIV POR SALVAR Á JACOBO.

Luis XIV desplegó entonces gran energía. Bonrepaux, que en perspicacia era muy superior á Barillon, y á quien nunca había gustado ni inspirado confianza Sunderland, fué enviado á Londres para ofrecer socorros marítimos á Jacobo. Al mismo tiempo Avaux recibía orden de declarar á los Estados Generales, que Francia había tomado bajo su protección al Monarca inglés. Dióse orden que un gran cuerpo de tropas estuviese pronto á marchar á la frontera holandesa. Esta atrevida tentativa para salvar, á pesar suyo, al infatuado tirano, se hizo con la aprobación de Skelton, que era entonces enviado de Inglaterra en la corte de Versalles.

Avaux, de conformidad con sus instrucciones, solicitó una audiencia de los Estados Generales. Concediósele inmediatamente. Asistió mucho mayor número de personas que de ordinario. La creencia, en general, era que se trataba de hacer alguna concesión relativa al comercio, y en tal suposición, llevaba ya preparada el Presidente una respuesta por escrito. No bien empezó Avaux á manifestar el objeto de su

solicitud, se advirtieron señales de descontento entre los concurrentes. Los que pasaban por disfrutar la confianza del Príncipe de Orange bajaron los ojos, y la agitación se hizo mayor cuando el Ministro anunció que su amo se hallaba estrechamente unido por lazos de amistad y alianza con S. M. B., y que todo ataque hecho á Inglaterra sería considerado como una declaración de guerra á Francia. El Presidente, lleno de sorpresa, balbució algunas frases evasivas, dándose por terminada la audiencia. Anuncióse al propio tiempo á los Estados, que Luis XIV había tomado bajo su protección al Cardenal Fustenburg y al Capítulo de Colonia (1).

Grande era la agitación de los diputados, y mientras unos recomendaban prudencia y calma, no respiraban otros más que guerra y destrucción. Fagel habló con gran calor de la insolencia francesa, y excitaba á sus hermanos á no dejarse vencer por amenazas. La respuesta adecuada á semejante comunicación, dijo, era reclutar más soldados y equipar más barcos. Despachóse inmediatamente un correo, para hacer venir á Guillermo desde Minden, adonde había ido á celebrar una conferencia de gran importancia con el Elector de Brandemburgo.

XXVII.

JACOBO LOS HACE FRACASAR.

Pero no había motivo de alarma. Jacobo estaba empeñado en causar su propia ruina, y toda tentativa para

(1) Avaux, agosto 23 (set. 2), agosto 30 (set. 9), 1688.

detenerle sólo servía á hacerle correr con mayor afán á la destrucción. Cuando su trono estaba seguro, cuando el pueblo se mostraba sumiso, cuando el más obsequioso Parlamento se apresuraba á anticiparse á todos sus deseos razonables, cuando reinos y repúblicas extranjeras le cortejaban á porfía, cuando estaba en su mano ser árbitro de la Cristiandad, había doblado la cerviz y se había hecho esclavo é instrumento de Francia. Y ahora, cuando con una serie de crímenes y locuras había conseguido enajenarse la amistad de sus vecinos, de sus súbditos, de sus soldados, de sus marinos, de sus hijos, no quedándole otro refugio que la protección de Francia; dominado por un acceso de orgullo, determinó reivindicar su independencia. Aquella ayuda que sin necesidad había aceptado, vertiendo ignominioso llanto, ahora que la era indispensable, fué rechazada con el mayor desprecio. Había sido abyecto cuando las circunstancias le permitían mostrarse celoso de su dignidad, y se mostró ingratamente altivo cuando la altivez no podía valerle más que irrisión y ruina. Tomó á ofensa la amistosa intervención que hubiera podido salvarle. ¿Habíase tratado jamás así á ningún Rey? ¿Era él un niño ó un idiota para que otros tuviesen que pensar por él? ¿Era un principillo, un Cardenal Fustenburg que irremisiblemente caería, de no contar con el apoyo de un patrón poderoso? ¿Había de tolerar el verse rebajado en la estimación de toda Europa por un ostentoso patronazgo que nunca había solicitado? Skelton fué llamado á dar cuenta de su conducta, y no bien llegó á Londres, reducido á prisión y enviado á la Torre. Citters fué bien recibido en Whitehall, y obtuvo una larga audiencia; podía con mayor sinceridad de la que en tales ocasiones suelen los diplomáticos juzgar necesaria, protestar, por parte de los Estados Genera-

les, de que no abrigaban ningún proyecto hostil, porque aun no tenían los Estados noticia oficial del proyecto de Guillermo pudiendo todavía, en el estado actual de las cosas, negar su sanción á la empresa que se proponía el Estatuder. Jacobo declaró no dar el menor crédito á los rumores que corrían de una invasión holandesa, manifestando, además, que la conducta del Gobierno francés le había sorprendido y llenado de enojo. Dióse orden á Middleton de asegurar á todos los Ministros extranjeros que no existía, entre Francia é Inglaterra, la alianza que para sus fines particulares pretendía la corte de Versalles. Al Nuncio dijo el Rey que los designios de Luis XIV se veían palpablemente, y que serían frustrados. Esta oficiosa protección era al mismo tiempo un insulto y una asechanza. «*Mi buen hermano*, decía Jacobo, *tiene excelentes cualidades; pero la adulación y la vanidad le han vuelto el seso*» (1).

Adda, á quien lo de Colonia importaba mucho más que lo relativo á Inglaterra, apoyaba tan extraña ilusión. Albeville, de regreso ya en su puesto, recibió orden de hacer protestas amistosas á los Estados Generales, añadiendo altivas frases que hubieran sentado bien en boca de Isabel ó de Cromwell. «*Mi amo*, decía, *por su poder y su carácter ocupa rango más elevado que el que Francia pretende asignarle. Hay alguna diferencia entre un Rey de Inglaterra y un Arzobispo de Colonia.*» Bonrepaux obtuvo fría acogida en Whitehall. Los socorros navales que ofrecía no fueron rechazados en absoluto, pero hubo de volverse sin haber concluido nada, y se informó á los Ministros de las Provincias Unidas y de la Casa de Austria, que su misión había desagradado al Rey y no había producido resultado.

(1) «Che l'adulazione e la vanità, gli avevano tornato il capo.»—Adda, agosto 31 (set. 10), 1688.

Después de la revolución, Sunderland se alababa, y tal vez sinceramente, de haber inducido á su amo á rechazar los socorros ofrecidos por Francia (1).

La perversa obstinación de Jacobo excitó naturalmente la indignación de su poderoso vecino. Luis XIV se quejó de que á cambio del mayor servicio que podía haber hecho al Gobierno inglés, éste le hubiera dado un mentís á presencia de toda la Cristiandad. Observó, con razón, que lo que Avaux había dicho tocante á la alianza entre Francia y la Gran Bretaña era cierto en cuanto al espíritu, si bien tal vez no lo fuese respecto á la letra. No había, en realidad, un tratado, compuesto de varios artículos, firmado, sellado y ratificado; pero durante algunos años habíanse cambiado constantemente entre ambas Cortes seguridades que, á juicio de personas respetables, equivalían á un tratado. Luis XIV añadió que, no obstante el elevado puesto que ocupaba en Europa, nunca hubiera llevado el absurdo celo de su dignidad hasta ver un insulto en cualquier acto inspirado por la amistad. Pero Jacobo se hallaba en situación muy diferente, y muy pronto había de conocer el valor de aquella ayuda que con tanta altivez había rechazado (2).

Pero no obstante la estupidez é ingratitude de Jacobo, Luis XIV, obrando discretamente, debiera haber insistido en la resolución notificada á los Estados Generales. Avaux, cuya sagacidad y buen juicio hacían

(1) *Citters*, set. 41 (21), 1688; *Avaux*, set. 17 (27), set. 27 (octubre 7); *Barillon*, set. 23 (oct. 3); *Wagenaar*, lib. LX; *Apología de Sunderland*. Hése repetido con frecuencia, que Jacobo se negó á aceptar la ayuda de un ejército francés. Lo cierto es que nunca se le hizo semejante ofrecimiento. Por lo demás, es indudable que las tropas francesas le hubieran sido de utilidad mucho mayor, amenazando la frontera de Holanda, que no cruzando el Canal.

(2) *Luis XIV á Barillon*, set. 20 (30), 1688.

de él digno antagonista de Guillermo, se mostraba resueltamente partidario de esta opinión. El primer objeto del Gobierno francés—así razonaba el hábil diplomático—debía ser impedir el meditado desembarco en Inglaterra. La manera de impedir aquella expedición era invadir la Flandes española y amenazar la frontera báltava. Cierto que el Príncipe de Orange mostraba tal empeño en llevar adelante su empresa favorita, que hubiera persistido, aun cuando la bandera blanca ondease en los muros de Bruselas. Recientemente había dicho que si los Españoles consiguieran tan solo defender á Ostende, Mons y Namur hasta la primavera, regresaría él entonces de Inglaterra con un ejército que recobraría muy pronto cuanto se hubiese perdido. Pero si bien era ésta la opinión del Príncipe, no así la de los Estados, los cuales no consentirían fácilmente en enviar su Capitán general con la flor de su ejército allende el Océano germánico, mientras un enemigo formidable amenazaba su propio territorio (1).

XXVIII.

LOS EJÉRCITOS FRANCESES INVADEN LA ALEMANIA.

Comprendió Luis XIV la fuerza de estas razones, pero había ya resuelto cambiar de conducta. Tal vez le movió á esta determinación la descortesía é injusta pertinacia del Gobierno inglés, y se dejó llevar de su carácter á expensas de sus intereses. Puede, también, atribuirse este extravío á los consejos de su Ministro

(1) *Avaux*, set. 27 (oct. 7), oct. 4 (14), 1688.

de la Guerra, Louvois, cuya influencia era considerable y el cual no miraba á Avaux con muy buenos ojos. Resolvióse descargar un grande é inesperado golpe en un lugar muy distante de Holanda. Luis XIV retiró de pronto sus tropas de Flandes y las hizo marchar sobre Alemania. Un ejército colocado al mando nominal del Delfin, pero en realidad dirigido por el Duque de Duras, y por Vaubau, padre de la ciencia de la fortificación, vino á atacar á Philipsburgo. Otro, dirigido por el Marqués de Boufflers se apoderó de Worms, Metz y Tréveris. Un tercero, mandado por el Marqués de Húmieres, entró en Bonn. En toda la orilla del Rhin, desde Carlsruhe hasta Colonia, las armas francesas quedaron victoriosas. La noticia de la toma de Philipsburgo llegó á Versalles el día de Todos los Santos, mientras la Corte oía el sermón en la capilla. El Rey hizo seña al predicador de que se detuviese. Anunció á la reunión la buena nueva, y prostrándose de rodillas dió gracias á Dios por tan gran triunfo. El auditorio derramaba lágrimas de alegría (1). La noticia fué acogida con gran entusiasmo por el vehemente y susceptible pueblo francés. Los poetas celebraban los triunfos de su magnífico patrón, los oradores elogiaban en el púlpito la sabiduría y magnanimidad del primogénito de la Iglesia. Cantóse un *Te Deum* con pompa inusitada; y las solemnes notas del órgano se mezclaban al estrépito de los címbalos y al resonar de las trompetas. Mas no había motivo para tanto regocijo. El gran político que estaba á la cabeza de la coalición europea se sonrió interiormente ante la mal dirigida energía de su enemigo. Cierto que Luis XIV, por su rapidez, había ganado algunas ventajas del lado de Alemania; pero

(1) Madame de Sevigné, oct. 24 (nov. 3), 1688.

aquellas ventajas le servirían de poco, si Inglaterra, inactiva y sin gloria bajo cuatro Monarcas sucesivos, recobraba de pronto su antiguo rango en Europa. Algunas semanas bastarían para la empresa de que dependía la suerte del mundo, y durante algunas semanas, las Provincias Unidas no tenían que temer.

XXIX.

OBTIENE GUILLERMO LA SANCIÓN DE LOS ESTADOS
GENERALES PARA SU EMPRESA.

Apresuró entonces Guillermo sus preparativos con infatigable actividad y con menos secreto del que hasta aquí había juzgado necesario. Diariamente recibía promesas de ayuda de las cortes extranjeras. En el Haya la oposición había muerto. En vano Avaux, aun en este último instante, desplegaba toda su habilidad para reanimar el partido que había luchado contra tres generaciones de Príncipes de la Casa de Orange. Cierto que los jefes de aquel partido seguían mirando al Estatuder con enemiga. Tenían fundamento para creer que si prosperaba en Inglaterra, se haría dueño absoluto de Holanda. Sin embargo, los errores de la Corte de Versalles, y la habilidad con que el Príncipe había sacado partido de aquellos errores, hicieron imposible continuar la lucha con él. Vió que había llegado el tiempo de solicitar la sanción de los Estados. Amsterdam, era el cuartel general del partido hostil á su familia, á su alto cargo y á su persona, y hasta de Amsterdam no tenía en este momento nada que temer. Algunos de los principales funcionarios de aquella ciudad habían conferenciado repetidas veces

con él, con Dykvelt y con Bentinck, y habían llegado á dar promesa de contribuir también por su parte, ó al menos, no oponerse, á la gran empresa. Algunos estaban exasperados por los edictos comerciales de Luis XIV; otros angustiados por la suerte de parientes y amigos que estaban á merced de los dragones; otros no querían incurrir en la responsabilidad de promover un cisma que podía ser fatal á la federación báltava; y otros tenían miedo al pueblo llano, que estimulado por las exhortaciones de predicadores fanáticos, estaba pronto á hacer inmediata justicia en todo aquel que fuese traidor á la causa protestante. La mayoría, por tanto, de aquel Municipio que por largo tiempo se había mostrado partidario de Francia, se declaró favorable á la empresa de Guillermo. Desde entonces desapareció todo temor de oposición en cualquier parte de las Provincias Unidas, y en sesiones secretas se concedió á su empresa la plena sanción de todos los Estados (1).

XXX.

EL CONDE DE SCHOMBERG.

Habíase ya fijado el Príncipe en un General que reunía excelentes cualidades para nombrarlo segundo en el mando. No era ésta, en verdad, cuestión de poca

(1) MS. de *Wilson*, citado por Wagenaar; *Memorias de Lord Lonsdale*; *Avaux*, oct. 4 (14), 5 (15), 1633. La declaración oficial de los Estados Generales de 18 (23) de octubre, se hallará en el *Recueil des Traités*, tom. iv, núm. 225.

monta. Un tiro ó la daga de un asesino podían en un momento dejar sin jefe la expedición. Era preciso tener un sucesor pronto á ocupar la vacante. No era posible elegir ningún inglés, sin que se ofendiesen los whigs ó los toríes; y por otra parte ningún inglés de aquella época había dado muestras, hasta entonces, de poseer la ciencia militar que requiere la dirección de una campaña. Además no era fácil asignar puesto superior á un extranjero, sin lastimar la susceptibilidad nacional de los altivos isleños. Había un hombre, y solo uno en toda Europa, á cuyo nombramiento no se haría ninguna objeción, y era éste el alemán Federico, Conde de Schomberg, descendiente de una noble casa del Palatinado. Mirábasele generalmente como el primer maestro de su tiempo en el arte de la guerra. Su rectitud y piedad, que habían sabido vencer las más fuertes tentaciones y á las que nunca había faltado, le valían el respeto y confianza de todos. Aunque era protestante había estado durante muchos años al servicio de Luis XIV; y á pesar de los malos oficios de los Jesuitas, merced á una serie de grandes batallas, había alcanzado de su amo el bastón de mariscal de Francia. Cuando empezó la persecución de los hugonotes, el bravo veterano se negó con firmeza á comprar el favor real con la apostasia, y sin murmurar una palabra resignó todos sus honores y mandos, abandonó para siempre su patria adoptiva y se refugió en la corte de Berlín. Tenía ya más de setenta años, pero su espíritu y su cuerpo se hallaban todavía en pleno vigor. Había estado en Inglaterra, donde había sido muy querido y honrado. Es verdad que tenía una condición de que muy pocos extranjeros podían entonces envanecerse, pues hablaba nuestra lengua, no sólo lo bastante para hacerse entender, sino con gracia y pureza. Fué nombrado, previo el

consentimiento del elector de Brandemburgo y con la más entusiasta aprobación de los jefes de todos los partidos ingleses, para el puesto de lugarteniente de Guillermo (1).

XXXI.

AVENTUREROS INGLESES RESIDENTES EN EL HAYA.

Estaba entonces el Haya llena de aventureros ingleses de todos los distintos partidos, que la tiranía de Jacobo había unido en extraña coalición: realistas veteranos que habían derramado su sangre por el Trono; antiguos agitadores del ejército parlamentario; toríes perseguidos en tiempo del *bill* de exclusión; wighs que habían huído al Continente por tener parte en la conjuración de Rye-House.

Figuraban entre los más notables Carlos Gerard, conde de Macclesfield, antiguo *caballero*, que había peleado por Carlos I y compartido el destierro con Carlos II; Archibaldo Campbell, primogénito del infortunado Argyle, del cual sólo había heredado un nombre ilustre y el inquebrantable afecto de un numeroso *clan*; Carlos Paulet, conde de Wiltshire, presunto heredero del marquesado de Winchester, y Peregrino Osborne, Lord Dumblane, presunto heredero del condado de Danby. Mordaunt, gozando ya ante la perspectiva de aventuras que atraían irresistiblemente su batallador espíritu, se distinguía entre los más entusiastas voluntarios. Fletcher de Saltoun había

(1) *Abregé de la Vie de Frédéric, Duc de Schomberg*, 1690; *Sidney á Guillermo*, junio 30, 1688; Burnet, I, 677.

sabido, mientras combatía contra los infieles, guardando la frontera de la Cristiandad, que nuevamente se intentaba la liberación de su patria, y se había apresurado á ofrecer su espada. Sir Patricio Hume, el cual desde su fuga de Escocia vivía humildemente en Utrecht, salió ahora de su oscuridad; mas felizmente, su elocuencia no podía hacer mucho daño en esta ocasión, porque el Príncipe de Orange en modo alguno estaba dispuesto á ser el lugarteniente de una sociedad turbulenta semejante á la que había causado la ruina de Argyle. El sutil y revoltoso Wildman, que algún tiempo antes, no creyéndose seguro en Inglaterra, se había retirado á Alemania, se puso en camino para la corte del Príncipe. Allí se encontraba también Carstairs, ministro presbiteriano de Escocia, que en habilidad y valor no tenía rival entre los políticos de su tiempo. Algunos años antes habíale confiado Fagel importantes secretos, que guardó religiosamente á pesar de los más horribles tormentos del borceguí y las tenazas. Su rara fortaleza le había valido tan gran parte en la confianza y estimación del Príncipe, que en esto sólo Bentinck le aventajaba (1). No era posible que Ferguson estuviera tranquilo cuando se preparaba una revolución. Obtuvo un pasaje en la flota, y trató de insinuarse con sus compañeros de emigración, mas generalmente desconfiaban de él y le despreciaban. Había sido un gran hombre en el grupo de ignorantes y arrebatados bandidos que habían causado la ruina del débil Monmouth; pero el bajo agitador, medio maniático y canalla, no podía hacerse lugar entre los graves políticos y generales que compartían los cuidados del intrépido y sagaz Guillermo.

(1) Burnet, I, 184; *Memorias de Mackay*.

XXXII.

DECLARACIÓN DE GUILLERMO.

La diferencia entre la expedición de 1685 y la de 1688 fué suficientemente marcada por la diferencia entre los manifiestos publicados por los jefes de ambas. Ferguson redactara para Monmouth un absurdo y brutal libelo acerca del incendio de Londres, de la muerte de Godfrey, el asesinato de Essex y el envenenamiento de Carlos. La *Declaración* de Guillermo fué redactada por el gran pensionario Fagel, muy renombrado como publicista. Aunque profunda y sabia, era en su forma original excesivamente prolija, pero fué abreviada y traducida al inglés por Burnet, que conocía muy bien el arte de la composición popular. Empezaba con un solemne preámbulo, donde se establecía, que la estricta observancia de la ley era indispensable, en toda sociedad, para la felicidad de la nación y seguridad del Gobierno. El Príncipe de Orange había visto, por tanto, con gran inquietud que las leyes fundamentales de un reino con el cual se hallaba estrechamente unido por los lazos de la sangre y del matrimonio, habían sido violadas de una manera escandalosa y sistemática, por seguir la opinión de malos consejeros. La prerrogativa de dispensa de las leyes del Parlamento habíase exagerado, en términos, que toda la autoridad legislativa había pasado á la Corona. Habíase obtenido de los tribunales, merced á las continuas variaciones en el personal de jueces, decisiones contrarias al espíritu de la Cons-

titución, variaciones que se habían llevado hasta hacer que el Tribunal se compusiera tan sólo de hombres dispuestos á obedecer implícitamente las órdenes del Gobierno. No obstante las continuas protestas del Rey de mantener la religión nacional, muchas personas notablemente hostiles á aquella religión habían sido nombradas, no sólo para empleos civiles, sino también para beneficios eclesiásticos. El gobierno de la Iglesia, no obstante lo dispuesto terminantemente en los Estatutos, había sido confiado á una Comisión eclesiástica, de la cual formaba parte un papista declarado. Súbditos fieles, por negarse á faltar al cumplimiento de su deber y de sus juramentos, habían sido privados de sus haciendas, á pesar de lo dispuesto en la Magna Carta de las libertades de Inglaterra. Al mismo tiempo, personas que legalmente no podían poner el pie en la Isla habían sido colocadas al frente de Seminarios destinados á corromper la juventud. Lugartenientes y subdelegados y jueces de paz habían sido destituidos, en masa, por negarse á sostener una política perniciosa y anti-constitucional. Habían sido conculcadas las franquicias electorales de casi todos los distritos del Reino. Los Tribunales de justicia se hallaban organizados de tal modo, que sus decisiones, aun en asuntos civiles, no inspiraban ya confianza, y su servilismo en las cuestiones criminales, había valido al reino la acusación de derramar sangre inocente. Todos estos abusos, aborrecidos de la nación inglesa, iban á ser defendidos, según parecía, por un ejército de papistas irlandeses. Y aun esto no era todo. Los Príncipes más arbitrarios no tomaron nunca á ofensa que un súbdito expusiera modesta y pacíficamente los atropellos de que era víctima, solicitando el auxilio del Monarca. Pero las peticiones se calificaban ahora en Inglaterra